

me había forjado: que el recuerdo de doña Sol fuese como la estrella que me guiase en mis peregrinaciones, y que mi amor y mi esperanza de ser amado me prestasen aliento para dar cima á las proezas más altas. Te confieso que la pérdida de esta ilusión me tiene harto triste, aunque me esfuerzo para no estarlo.

—Bueno será—dijo Tiburcio—que sacudas de tí esa melancolía. El abatimiento y la tristeza enervan á los hombres y los incapacitan para todo. Menester es que tu ánimo se regocije. No se riegan con lágrimas los laureles. La alegría es quien mejor cuida de ellos y hace que florezcan lozanos.

### VIII

De acuerdo con lo ya expuesto, el previsor y hábil Tiburcio lo preparó todo de la manera más conveniente, para que la partida de Morsamor no fuese con lágrimas humillantes y amargas, como nacidas de desdenes, sino con alegría, y hasta con cierto estrépito y alborozo según á un héroe y futuro conquistador correspondía y cuadraba.

Tiburcio era un hurón para descubrir y acosar su presa, por muy borrado que el rastro quedase en la pista y por muy oculta que fuese la madriguera.

No acertaremos á explicar con qué arte diabó-

lico Tiburcio había averiguado que al anochecer del día anterior dos gentiles damas, conocidas suyas, habían llegado á Cintra muy recatadamente, y habían ido á instalarse en una hermosa casa de campo que allí poseían los señores Adorno y Salvago.

La casa estaba lejos de la población, en lugar retirado y esquivo, más allá de la sombría quinta que fué más tarde de D. Juan de Castro, y en amenísimo valle, camino de Colares.

Los genoveses, viudo el uno y solterón el otro, aunque eran ambos de edad provecta, enemigos del escándalo y muy inclinados á la devoción, gustaban de echar de vez en cuando una cana al aire, sin perder su grave circunspección y con la debida cautela. En aquellos días, estaban afanadísimos con los preparativos y el embarque de víveres y de otros bastimentos que por contrata debían hacer y que hacían para la salida de la flota.

No bien ésta se diese á la vela, se proponían ellos reposar de sus fatigas y recrearse y holgarse en su retiro campestre, con un idilio delicioso y bien concertado. A este fin, enviaron por delante, para que lo tuviesen todo dispuesto y los aguardasen nada menos que á donna Olimpia de Belfiore y á su compañera Teletusa. Ambas, se comprometieron con gusto y fueron á esta excursión.

Donna Olimpia era muy singular mujer por todos estilos. Se preciaba de bien nacida, de leal en sus tratos, de fiel á sus compromisos y de tener una conciencia tan escrupulosa y estrecha, cuanto su profesión consentía.

Jactábase donna Olimpia de la nobleza de su cuna, procuraba hacer creer que era su familia del patriciado de Venecia y que figuraba en el *Libro de oro*, y aun llegaba á afirmar en ocasiones que en el Tribunal de los Diez se había sentado un tío suyo.

Años atrás, donna Olimpia había figurado con brillo en los saraos de la bella Imperia, Aspasia del siglo de León X, como la cortesana de Mileto lo había sido del de Pericles. Donna Olimpia, satélite ya de un astro tan refulgente, acaso hubiera llegado á igualarse con dicho astro, si su desatentada afición á correr mundo y ver tierras extrañas no lo hubiese estorbado. Era tal dicha afición, que Pedro Aretino, autor de la preciosa historia de *La p... errante*, pensó con insistencia en tomar á donna Olimpia por modelo, para dotar su historia de una segunda parte más variada y peregrina. Acaso impidió que dicho propósito se realizase la repentiná muerte de Pedro Aretino, el cual, según aseguran, aunque donna Olimpia, que era muy su amiga, lo negaba como calumniosa patraña, murió de risa, al oír contar los embustes, embelecocos y travesuras

de una hermana suya, famosa por sus devaneos.

Como quiera que fuese, donna Olimpia, según hemos dicho, tenía la conciencia muy estrecha y jamás faltaba á sus compromisos, á no ser sorprendida por irrupciones y agresiones inesperadas y violentas.

Había, sin embargo, quien la acusase de que una vieja, llamada la señora Claudia, que iba siempre en su compañía como aya ó como dueña, solía preparar dichas irrupciones y agresiones. A lo que parece, la señora Claudia había caído en aquellos días del favor de su ama, suplantándola Teletusa que se había apoderado de su voluntad por completo.

Empleado Morsamor en sus rendimientos y obsequios á doña Sol, no había vuelto á ver y apenas había recordado á donna Olimpia, desde que la vió al salir de Belén el día del Rey: pero donna Olimpia, aunque distraida y empleada también á su manera, nunca había dejado de recordar á Morsamor desde entonces, porque le hizo impresión viva y profunda y porque daba por cierto que en toda nuestra península no había ni podía haber galán más apuesto y hermoso, ni más gallardo y gentil hombre.

Tiburcio que, libre de amores platónicos, privaba tiempo hacia con Teletusa, sabía por ella el buen concepto que donna Olimpia tenía de su amigo y la inclinación que hacia él le llevaba.

Aquella tarde vió Tiburcio á Teletusa, y juntos concertaron un plan muy alegre y una grata sorpresa para donna Olimpia.

A la hora de ánimas, Miguel y Tiburcio cenaron juntos en su posada, y ya solos y de sobremesa, con la regocijada confianza que el haber comido y bebido bien inspiran, Tiburcio expuso á Morsamor lo sustancial de su plan, venció su repugnancia y logró que le aceptase para desechár melancolías y para consolarse de los desdenes y sobreponerse á la altivez de la noble amiga de la Reina.

Para no dar tiempo á que Morsamor lo reflexionase y se arrepintiese, Tiburcio le condujo en seguida á la casa de campo donde las dos niñas vivían.

A un silbido de Tiburcio, que era la convenida señal, Teletusa, que estaba aguardando, abrió sin ruido la puertecilla falsa del jardín, y guiándolos por lo más umbrío de la frondosa espesura, los introdujo en la casa, subió con ellos la escalera, atravesó corredores y salas, y vino á parar á amplio dormitorio escasamente alumbrado por tres velas de cera, puestas en un candelabro de plata, sobre una mesa que estaba en el centro de la estancia. Teletusa que tenía á Morsamor de la mano, le dijo entonces con voz dulce y sumisa:

—Quedáos aquí, señor Morsamor, que pronto

vendrá quien os alegre y se alegre de veros.

Y dicho esto, sin que hubiese vagar para contestación ó pregunta, desaparecieron Teletusa y Tiburcio con ella, dejando á Morsamor solo.

Solo ya, recapitó Morsamor sobre lo que había hecho y casi se arrepintió y se afligió de su viciosa ligereza. Indigno del héroe que él anhelaba ser, hallaba aquel tan ruin comienzo de altas caballerías: entrar con engañoso recato en casa ajena como ladrón astuto, y todo para alcanzar los venales y fáciles favores de una cortesana.

Donna Olimpia tardaba en venir, y con la soledad y con la impaciencia crecía en Morsamor el disgusto de haber cedido á los propósitos de su doncel, tan juicioso cuando hablaba en contra de las locuras sublimes, como ligero y hasta cínico cuando se trataba de otra clase de locuras.

Contrariado Morsamor, se sentó en una silla en el rincón más obscuro de la estancia y casi á los pies del lecho con colgadura que había en ella.

En medio de sus cavilaciones, oyó ó creyó oír de súbito voces y carcajadas que á lo lejos sonaban por el lado derecho del sitio en que estaba él. Sin tiempo para pensar en lo que aquello sería, pero movido de recelosa curiosidad, intentó Morsamor ir á donde sonaba el ruido á fin de enterarse de todo. En pie estaba ya para reali-

zar su intento, cuando por el lado contrario, se abrió una puertecilla, penetró por ella un bulto y Morsamor oyó una voz varonil que decía:

—¡Voto á los demonios todos del infierno! ¡Olimpia! ¡Olimpia! ¿Estás ahí? Al fin, tropezando en la obscuridad y dándome de calabazadas contra las paredes creo que he logrado llegar á tu cuarto. Esa maldita vieja Claudia me dejó solo, prometiendo volver para guiarme. Tardaba en volver y yo me cansé y he venido sin guía. Aquí estoy, Olimpia.

Con pasmosa serenidad y reposo, aunque hartó previó las fatales consecuencias que podía tener aquel encuentro, Morsamor se adelantó hacia el personaje que había entrado y le dijo:

—Mucho lamento, señor Pedro Carvalho, pues la luz de las bujías os da de lleno en la cara y os he reconocido, que la casualidad nos reuna aquí donde y cuando los dos esperábamos encuentro más grato y suave.

Era Pedro Carvalho, el hombre de más violento carácter y más iracundo que hubo en Portugal en aquellas edades. Terrible era además su encono contra Morsamor, primero por natural antipatía, y después por su rivalidad en amores con doña Sol, de quien Morsamor en cierto modo había sido hartó más favorecido.

Pedro Carvalho ardió, pues, en cólera al oír y ver á Morsamor, y le replicó de esta suerte:

—Mi encuentro contigo, no será ni quiero que sea suave, pero me será grato. Tiempo há, que me tienta el demonio con el prurito de matarte, y ahora me ofrece la ocasión más propicia. ¡Defiéndete, miserable!

Y Pedro Carvalho desenvainó la espada y se puso en guardia adelantándose hacia Morsamor.

Este, desdeñando la provocación y el insulto y procurando aún excusar un lance que le parecía poco ó nada honroso, dijo á Pedro Carvalho:

—Sosegáos, señor, y no llevemos á tan crudo extremo este negocio. Ruin fundamento tendrían nuestro duelo y la muerte de cualquiera de nosotros dos en esta casa extraña, y que ambos hemos asaltado. Vergonzosa sería la victoria del que saliese vivo de aquí, y más vergonzoso el término de quien aquí quedase muerto ó herido.

—La poca vergüenza, contestó Pedro Carvalho feroz y groseramente, es la de esas viles palabras con que tratáis de disimular vuestra cobardía. Defendéos ó mataros he como á un perro.

Pedro Carvalho se abalanzó entonces con furia contra Morsamor.

Morsamor sacó la espada, le recibió con calma y paró con inaudita destreza todas sus cuchilladas y estocadas. Repugnaba Morsamor darle muerte. Estaba seguro de su inmensa superioridad. Lo descompuesto y sin arte del ataque

ponía en su poder á Pedro Carvalho; pero Morsamor, por eso mismo, consideraba más odioso dar sangriento término á la lucha con aquel energúmeno, ciego por el rencor y la soberbia.

La lucha, no obstante, se iba prolongando demasiado. Pedro Carvalho, aunque inhábil, era fuerte y menudeaba sus golpes con tanto brio, que los quites de Morsamor tenían que ser también muy violentos. En uno de estos quites, Morsamor dió de plano y con tanta fuerza en el brazo de su contrario, que le derribó por tierra la espada.

Generosamente se contuvo Morsamor, para que el desarmado volviera á armarse. Y ya Pedro Carvalho, había recogido la espada; y sin tener en cuenta en su furiosa locura la magnanimidad de Morsamor, se disponía de nuevo á embestirle, cuando Morsamor se sintió de repente ceñido el cuerpo en estrecho abrazo y cubierto el rostro de besos.

Donna Olimpia,

*In tutto il vezzo, della sua persona,*

le tenía asido y exclamaba con jubiloso entusiasmo:

—¡O gioja ed orgoglio del mio core! ¡O coraggioso mio drudo!

## IX

Las tiernas y repentinas caricias de la vaga italiana, fueron acompañadas de un diluvio de improperios y de blasfemias, que salían de la boca de Pedro Carvalho, haciéndole coro con risotadas alegres Teletusa y Tiburcio.

Pedro Carvalho sólo podía herir ya con la lengua. Dos robustos y estupendos rufianes le tenían bien cogido entre sus enormes manazas fuertes como el hierro, y Teletusa y Tiburcio, sin dejar de reír, le ataban de pies y manos con suma destreza y valiéndose de lienzos retorcidos á falta de cuerdas que por allí no había.

—¡Matadme ó soltadme para que le matel gritaba Pedro Carvalho.

Y Tiburcio respondía riendo siempre:

—Tiempo te sobró para matarle cuando estabas suelto. Ahora te atamos por caridad y para que no mueras.

Blasfemó, chilló é insultó de nuevo Pedro Carvalho. Teletusa pensó y propuso ponerle una mordaza, pero no lo consintió donna Olimpia y con voz imperiosa dijo:

—Llevalle al desván con los otros, echad la llave y traédmela. Que pasen allí la noche. Ya veremos cómo sin peligro ni escándalo se les da suelta cuando sea de día.

Aquellos dos formidables satélites, escuderos de donna Olimpia, y que ella traía siempre consigo para imponer respeto y tener á raya á los insolentes, sobre todo, cuando eran *spiantati*, oído el mandato de su señora, tomaron en volandas á Pedro Carvalho y se le llevaron al desván con delicadeza y esmero cuidadoso.

Donna Olimpia así lo recomendaba diciendo:

—Nada de malos tratamientos. No le hagáis el menor daño. Hasta podéis desatarle las manos cuando esté en el desván y llevarle de comer y de beber y un colchón para que duerma.

Dirigiéndose luego á Miguel de Zuheros, donna Olimpia le dijo:

—Yo os ruego, señor, que me perdonéis el grave disgusto que os ha causado el venir á verme. No hubo en ello la menor culpa mía. Toda la culpa fué de la vieja Claudia, mi criada. Sin encomendarse más que á su propia codicia, y creyendo que podía disponer á su antojo de Teletusa y de mí, cuando menos lo recelábamos, cuando ni sabíamos que estuviesen en Cintra los señores Carvalho y Acevedo, los introdujo aquí á ambos furtivamente. Dejó sólo á Carvalho para que aguardase por un momento su vuelta y vino con Acevedo á la estancia de Teletusa. Hallábase allí vuestro amigo el señor Tiburcio, mancebo prudente y listo á maravilla. Buen doncel y consejero tenéis en él. Si la imaginación humana fuese tan

viva y creadora en nuestros días como lo fué en la antigua Grecia, yo me daría á sospechar que la diosa Minerva, así como acompañó y guió á Telémaco en sus peregrinaciones, tomando la figura de Mentor, así os acompaña y guía al presente bajo la figura de un garzón barbilindo, disfraz más adecuado, en mi sentir, que el de un vejestorio barbudo. Pero dejando á un lado alabanzas, diré en cifra y resumen, que Acevedo, lo mismo que Carvalho, quiso llevarlo todo por la tremenda, y que prevenidos á tiempo mis dos escuderos, que andan siempre alerta y ojo avizor, aun antes de que Acevedo y Tiburcio desenvainasen las espadas, se apoderaron de Acevedo, y con el auxilio de Teletusa y de vuestro doncel, le ataron chistosamente abrazado á la vieja Claudia y traspusieron con ellos al desván, donde se los encontrará el Sr. Carvalho cuando allí llegue. La algazara promovida por estos sucesos me atrajo al cuarto de Teletusa en donde ocurrían. Tal ha sido la causa de mi tardanza en venir por aquí, donde algún indicio leve tenía yo de que tan dulce bien me aguardaba. Por dicha, y merced á vuestra destreza, serenidad y generosa sangre fría, todos hemos llegado á tiempo de evitar una tragedia.

—Y ya que no la hubo, dijo Teletusa, celebremoslo bebiendo un trago á la salud de los amos de esta casa que no tienen mal provista la despensa. No os propongo que cenéis, porque no

tendréis gana. Tal vez habréis cenado ya. Siempre, no obstante, habrá quedado lugar para un bocadillo de algo picante y salado que sea despertador de la sed. Las dos criadas de esta casa van á servirlos al punto en esta misma mesa.

En efecto, salió Teletusa y á poco volvió, riendo, brincando y bailando, con un gran plato levantado en alto en sus manos como si representase á Herodias.

—No os asustéis, exclamó, que no os traigo la cabeza de Juan, sino la de un jabalí, rellena de verdes alfónsigos y de lengua y lomo con mucha sal, pimienta y otros aliños. Estas manos, que se ha de comer la tierra, lo han condimentado todo. Estoy orgullosa de mi habilidad culinaria. Ha sido mi tarea del día de hoy.

—Bien puedes decir como Tito, interpuso donna Olimpia, que no has perdido tu día.

—¿Lo oyes, Tiburcio? Llámame tu Tita que es más breve y más dulce que tu Teletusa.

Y diciendo esto, puso sobre la mesa el plato con la cabeza de jabalí.

Las dos criadas, que entraron en pos de ella, colocaron también sobre la mesa blanco pan, anchas copas y sendos y grandes jarros.

Señalándolos Teletusa con el dedo, habló así:

—Este es vino rancio y seco de Chipre, néctar exquisito, consagrado á Venus, cuya fué aquella isla, allá en las edades felices en que vivieron y

reinaron las diosas entre los mortales. Este otro es moscatel de Siracusa, vino del que se embriagaba el Ciclope para consolarse de los desdenes de Galatea, con el que Arquímedes se inspiraba para sus más raras invenciones y del que siempre bebía Teócrito antes de componer sus idilios. No os pasméis, señores, de mi notable erudición. No en balde soy la discípula predilecta de donna Olimpia. De tal palo tal astilla, como suele decirse.

Donna Olimpia y Tiburcio aplaudieron á Teletusa. Y Morsamor, algo pensativo aún y no muy conforme con que todo aquello se aviniese bien con su papel de héroe, empezó á rendirse y á contagiarse del regocijo harto profano que allí reinaba. Morsamor se sintió ébrio antes de beber el vino.

—Que mis escuderos vuelvan aquí también, dijo donna Olimpia, para que coman y beban patriarcalmente con nosotros, que bien lo merecen después del primor con que se han conducido.

—Y vaya si lo merecen, dijo Teletusa, ¡Hola! Asmodeo y Belcebú, acudid á beber y á regocijaros. Y vosotros, señores Morsamor y Tiburcio, no os maravilléis ni asustéis de los fingidos nombres que damos á estos dos galanes (y como ya habían entrado los señalaba), porque sus nombres verdaderos se guardan para mayores cosas.

Ambos son de noble prosapia y aun creo que algo parientes de donna Olimpia.

—No hay dudar en ello, interpuso ésta. Nuestro parentesco es evidente aunque remoto. Soy prima quinta de Belcebú y sexta de Asmodeo.

—Pues que sea enhorabuena, dijo Morsamor, desechando escrúpulos, echando á rodar su formalidad y tomando parte y aun haciendo el papel principal en la orgía que hubo de seguirse.

## X

Resbaladizo y difícil sería describir aquí lo que allí ocurrió después. La cabeza de jabali casi desapareció. Los dos enormes jarros quedaron vacíos. A las risas, á los brincos y á los cantares, con que se animó la cena, sucedió profundo silencio. Tiburcio y Teletusa se fueron por un lado. Asmodeo y Belcebú, por otro.

Sólo la ténue luz de una lámpara velada por el vaso de alabastro en que ardía iluminó la estancia tranquila, hasta que rayó el alba y sus resplandores primeros penetraron por la ventana, entreabierta á causa del calor del estío, penetrando también fresco y manso vientecillo, impregnado de aromas de mil flores, y el gorjeo de los pájaros que cantaban en la enramada y saludaban el día naciente. Poco más tarde, en la gran sala de la quinta, aparecieron Morsamor y Ti-

burcio, donna Olimpia y Teletusa y los dos formidables escuderos. Todos se movían y se afanaban como en el momento que precede á un largo viaje.

Donna Olimpia y Teletusa estaban hartas de Portugal y habían resuelto acompañar á Morsamor y á Tiburcio al extremo Oriente. Los hijos de Lusitania no se les habían mostrado pródigos de los tesoros que de allá venían y así determinaron ellas ir á buscarlos. El imprevisto lance, además, de la noche anterior podría acarrearles no pocas desazones, sobre todo cuando las abandonaran sus dos triunfantes amigos.

Donna Olimpia había expresado su resolución del modo más terminante.

—Os seguiremos, había dicho, y os seremos fieles. Unidos, conquistaremos el mundo. Si fuere menester, hasta nos convertiremos en amazonas. Teletusa será Bradamante y yo la propia Pentésilea. Yo estaré contigo, Morsamor, hasta que se harte de mi tu alma. Sólo entonces, y si acertamos á dar con el verdadero y legítimo Preste Juan, que tantos han buscado en balde hasta ahora, yo le rëndiré, le cautivaré, me sentaré en su trono y vendré á ser la Papisa Juana del Oriente.

Teletusa, Tiburcio y los dos jaques, holgaron mucho de oír este razonamiento; le aplaudieron y le celebraron con risas estrepitosas.



Allá en su interior, todo aquello repugnaba no poco á Miguel de Zuheros; pero cierto vehementemente atractivo de amor vicioso luchaba con la repugnancia y la vencia. Morsamor no quiso, ó no se atrevió á rechazar los propósitos y ofrecimientos de donna Olimpia.

Dichos propósitos se cumplieron.

Apenas despuntó el día, acudieron á la puerta de la quinta dos criados de Morsamor y Tiburcio con caballos y bagaje. Donna Olimpia y Teletusa, auxiliadas por los dos jaques, empaquetaron y embaularon sus alhajas, vestidos y demás prendas.

Todo esto, así como las mismas damas y sus escuderos, habian de viajar en mulas que los genoveses tenian en la caballeriza y de las que se dispuso como de bienes mostrencos. Y no mucho después, antes de que el sol apareciese y dorase con sus rayos la tierra, todos se pusieron en marcha, formando alegre caravana y caminando á paso largo hacia Cascaes.

La llave del desván quedó en poder de las sirvientas de los señores Adorno y Salvago, para que pusiesen en franquía á la vieja Claudia y á los señores Carvalho y Acevedo, á las tres horas de haber salido de la quinta Morsamor y su acompañamiento.

La nave que mandaba Morsamor era grande y capaz y él podia tripularla á su antojo. Con hol-

gura, pues, instaló en ella á su gente. Y aquel mismo día, antes de que el sol rayase en lo más alto del cielo,

*Yá no largo Oceano navegavam,  
As inquietas ondas apartando:  
Os ventos brandamente respiravam,  
Das naos as velas concavas inchando.*

## XI

Donna Olimpia y Teletusa no se mareaban. Se hallaban en el mar como nacidas: como si fuesen nereidas y no mujeres. Morsamor se sentía también más á gusto que en tierra, lleno de esperanzas y forjando en su mente los más audaces y ambiciosos planes. En cuanto á Tiburcio eran de maravillar sus conocimientos náuticos, su alegre humor y su útil actividad á bordo. Por la traza seguía pareciendo mancebo de menos de veinte años, mas por las acciones podría suponérsele viejo y experimentado navegante. Así se lo decía Lorenzo Fréitas, piloto de la nave, que tenia más de sesenta años, que habia navegado mucho y que habia hecho ya otros dos viajes de ida y vuelta á la India.

Pronto Lorenzo Fréitas trabó amistad íntima con Tiburcio y se ganó el afecto y la confianza de Morsamor y de las damas aventureras.

Iba asimismo en la nave un piadoso y entu-